

El tema pendiente de los militares republicanos en muchos casos aún no reconocidos como tales por las distintas administraciones de la transición, es tratado aquí a modo de homenaje y de recuerdo de un viejo luchador que falleció antes de culminar el interminable papeleo burocrático que todo ello conlleva. Es la injusticia de un olvido más.

Abuelo, ¿qué fue la revolución?



Siempre recordaré con un profundo respeto aquella esquina de mi barrio de entonces, aquellos tiempos en que ni pasado ni futuro eran de mi interés, cuando la infancia casi terminaba de manos de la juventud; los tiempos en que se descubren las cosas que marcan a los viejos y a los hombres.

Las tardes de primavera, en aquel banco, un honorable viejo pasaba las horas al calor de los rayos del sol, liando un cigarrillo lentamente, con aquella picadura cuyo aroma nunca desde entonces he vuelto a encontrar, que se fue con su dueño.

Junto a él descubrí más que nada su propio pasado, conocí el destino de los que como él salieron dejando sus mejores días enterrados en una casamata, tras una barricada terrena o bajo una miserable cruz. Fueron los vencidos.

El abuelo, con su

paciencia infinita, me contó de la lucha y de la derrota, me habló de los proyectos de transformación social y de las botas de los soldados del frente; por encima de mis años, escuché relatos fantásticos de héroes y de tumbas, de mujeres llorando con el puño en alto y de periodistas extranjeros enamorados del sur que yo conocía. Al final, la salida fuera de casa, los días del destierro y la amargura de la nada. Era la derrota.

De él, con el tiempo, conservo únicamente su recuerdo y su foto de campaña, apoyado en el fusil y con traje de miliciano con una gran sonrisa en el rostro, miraba pensando en algo que nunca vio, en aquello en lo que creía y que a mi edad se me escapó. Era la revolución.

Porque aquella fue una guerra muy especial, fue una lucha social, la última posible y la llave que siempre cierra una gran ilusión

que se va olvidando poco a poco, como se fueron para él los años de juventud, la ilusión. Se fueron del modo que se van las cosas, dejando tras de sí un regusto amargo que se expresaba bien en aquel rostro arrugado por el tiempo, que cambiaba de aspecto ante el niño que le requería para, una vez más, escuchar historias de viejo sobre la guerra civil.

Para él va mi recuerdo en estos días, cuando ya me hicieron estudiar lo que aquéllos como él proponían construir de la nada, cuando se cumplen ya cincuenta años de derrota, cuando se fue sin que los poderes públicos, las miserias del presupuesto, le concedieran lo mínimo que a los otros se les dio: su reconocimiento como militar leal. Fue para él la desilusión.

Recuerdo que en sus castillos en el aire soñaba con el regreso a México, con una visita de nuevo a la Francia que lo acogió inte-

resada en que fuera nuevamente al frente a jugarse la vida contra nuevos tiranos. Le sobraban fuerzas para luchar de nuevo en los campos de Europa, de esa Europa a la que entonces no pertenecía como yo, ahora, como no pertenecen a nadie aquellos que nacen sin patria. En vano esperó hasta la última hora de sus días la llegada de aquella pensión que al final ahorró presupuestos a base de no ceder ante nada, ni siquiera ante los defensores de aquel sistema que no fue el suyo.

Papeles y viajes en busca de su pasado se topaban siempre con el muro del administrativo que pedía siempre más, siempre retrasando algo que al final no llegó porque así estaba previsto por los poderes públicos.

Ahora sí, ahora entiendo el por qué del interés por aquellas pagas atrasadas indefinidamente, el por qué de su interés por solu-

cionar definitivamente el problema de los vencidos: hubiera supuesto que su lucha sirvió para algo, que los que se fueron lo hicieron por algo que nosotros entendemos, que al menos sabemos cómo fue, para qué sirvió todo aquello.

Malos tiempos para estos viejos de una piel raída por el tiempo, pero de mente clara. Malos tiempos para solucionar su paga cuando los viejos luchadores no son población activa para el sociólogo y por tanto no merecen la atención de ningún slogan electoral.

Por él escribo hoy, al cabo de los días en que salió de España, en busca de una derrota en paz, tras cincuenta años de olvido, cuando los días de la economía y del Mercado Unico no nos dejan ver ya ni su pasado ni nuestra memoria, cuando no quiero dejar pasar este momento del recuerdo para que sea recordado además por aquellos que no lo llegaron a

ver, para que me lean los que están en la edad de soñar con él, escuchar sus historias de viejo, gentes que vivimos en momentos quizá algo más fáciles, a fuerza de no saber a quiénes debemos lo que tanto nos importa.

Abuelo, te recuerdo hoy; para mí siempre seguirás en aquella esquina liando tu vieja picadura, seguirás contando de tu revolución y de tus viajes en el olvido, te recordaré con rabia de perder la presencia de tu traje de miliciano, de tu sonrisa joven, de tu lucha inútil, de la injusticia de un olvido. Es mi homenaje.

“Un honorable viejo pasaba las horas al calor de los rayos del sol, liando un cigarrillo lentamente... Me contó de la derrota y de proyectos de transformación...”